

Historiadores Chilenos Frente al Bicentenario

Prof. Luis Parentini*

Es cierto. Para mí, no todo comenzó “en aquel lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme”. Ni siquiera en aquel lejano 1810. Tampoco comienza en alguna ruca sureña, ni en un palacio europeo, ni en un campo verde de éstos que en primavera se llenan de flores amarillas. Y, sin embargo, soy todo eso. ¡Cuántas sangres corren en mi sangre! Y en su bullir transcurre la vida, ésa que de vez en cuando nos obliga a detenernos un momento a pensar. A pensar sobre nosotros mismos, sobre los demás, sobre el destino o los acontecimientos que se han ido desarrollando a lo largo de nuestro caminar por este mundo. Incluso, algunos esclarecidos, aprovechan con grandeza esos momentos para trascender, y tal como si pudieran planear livianamente por encima del tiempo y los sucesos, son capaces de levantar su pluma y dejar constancia de lo que es, de lo que fue y lo que vendrá.

Y exactamente eso fue lo que hicieron numerosos ciudadanos franceses en 1989, cuando se dieron cuenta que ya llevaban doscientos años bajo aquella primera declaración de principios: libertad, igualdad, fraternidad. El debate fue amplio y acalorado y, en él, el papel que le cupo a los historiadores fue clave. Lo mismo sucedió con España, cuando celebró cinco centurias de haber llegado a este multicultural continente. Volvieron -algunos por primera vez- a preguntarse sobre el papel que representaron en la conquista de América. Historiadores lideraron las opiniones, pusieron en los diarios y las noticias los hechos pasados y obligaron al público, en general, a reflexionar sobre el tema y, por consiguiente, también a preocuparse por ellos mismos como personas, como país, como parte de una historia mucho más grande que los incluía.

Esa capacidad de sacar una discusión de alto vuelo intelectual desde las universidades a la calle, para ponerla al alcance de todos y así otorgar voz a quienes componen un país para que también puedan decir su pensar sobre el devenir de la nación, nos pareció un ejemplo a seguir. Aquello fue posible no sólo por la inteligencia de quienes dirigieron estos

* Universidad Católica Silva Henríquez

movimientos sino porque, fundamentalmente, el momento histórico se los impuso. Es por eso que en Chile los historiadores, entre los cuales me cuento, conscientes de que ese *momentum* ha llegado y la vida nos está diciendo que aquí y ahora debemos parar, se levantan como pioneros en América Latina en celebrar por todo lo alto sus dos siglos de vida independiente. Por ser los primeros seguramente cometeremos errores, pero sin importar cuántos sean, ello no desmerecerá el esfuerzo que se refleja en estas páginas y a través de las cuales queremos invitar a nuestros colegas americanos a realizar este ejercicio de pensar y dialogar desde nuestra disciplina el papel y misión que nos compete en la formación de las naciones de América.

Este libro, es poseedor de una muy noble y curiosa gestación. Todo comenzó cuando, hacia mediados del año 2005, José Albuccó, director del Departamento de Humanidades y Educación Media de la Universidad Católica Silva Henríquez me propuso la idea de reunir a reflexionar sobre el bicentenario, en torno a una mesa, en el Archivo Nacional, a todos los premios nacionales de Historia. De inmediato me rehusé frente a la difícil y titánica labor que eso significaba, pero José, con la sabiduría que lo caracteriza, hizo despertar en mí ese pequeño Quijote que todos llevamos dentro. Y ese despertar trajo como consecuencia final una reunión que parecía imposible: juntos, en la misma mesa, todos los premios nacionales de Historia: Ricardo Krebs, Sergio Villalobos, Mario Orellana, Mateo Martinic, Lautaro Núñez y Jorge Hidalgo. El hecho es aún más singular, pues Historia se constituyó en la única disciplina que ha logrado un suceso de tal magnitud. Ello fue posible gracias a varios amigos que también creyeron en tan noble proyecto, y que con su apoyo y entusiasmo lo hicieron posible, como: Emma de Ramón, Julio Retamal, Álvaro Góngora, Nicolás Cruz, Cristian Gazmuri, Horacio Aránguiz, Leonardo León, Eliana Urrutia, Daniel Swinburn, Martín Lara, Cano y muchos otros. Una vez concluido aquel evento, hablé de nuevo el Quijote a través de José Albuccó y propuso algo todavía más vasto: un libro que reuniera lo que los maestros reflexionaron sobre lo que es Chile y, junto con ellos, muchos otros historiadores que también se atrevieran a meditar sobre el mismo tema.

El resultado está en tus manos y nuevamente ha sido posible gracias a la confianza y amistad de quienes creyeron desde el primer momento en esta apuesta. Nuestros más sinceros agradecimientos a la Comisión Bicentenario y, en especial, a su directora de estudios, Isabel Torres Dujisin, quien hizo posible la publicación de este libro; a la Universidad Católica Silva Henríquez, y, en particular, a José Albuccó, director del Departamento de Humanidades de dicha casa de estudios; a Julio Retamal, director de Historia de la Universidad Andrés Bello y a Álvaro Góngora, director de Historia de la Universidad Finis Terrae, quienes con generosidad y rigor académico auspiciaron y patrocinaron la obra. A Freddy Timmermann, Ricardo Rubio y Amalia Castro quienes ayudaron desinteresadamente en la edición. Martín Lara y Daniel Cano quienes durante meses con paciencia y esmero contactaron a los historiadores de las diferentes universidades chilenas recolectando sus ensayos. A Patricio Bernedo, director del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Marcelo Rojas Vásquez, por su infatigable labor de editor y sus acertados aportes. No puedo terminar estas líneas sin agradecer a Sergio Villalobos, quien con sus sabios comentarios en largas conversaciones, propios de un maestro, inspiró y le dio forma a este proyecto. Finalmente, agradecer a los autores que se hicieron un espacio entre sus múltiples actividades para entregar su aporte a este libro, que estamos ciertos, será un documento histórico en el futuro para que otros, más adelante, perciban en estas páginas el pensar y el sentir de los historiadores de comienzos del siglo xxi. Henos aquí, ante las voces de más de ochenta historiadores que

aceptaron el desafío que nos impone la disciplina histórica, colaborando en el desarrollo de la sociedad para formar comunidad.

Nuestra labor nos obliga a cultivar la memoria, siendo ella la base fundamental de la unidad e identidad de los pueblos. Por sobre todas las cosas, de *nuestro* pueblo, para que no dejemos caer en el olvido tantos pequeños y grandes hechos significativos que se han sucedido a lo largo de nuestra historia. Las lágrimas que alguna vez se vertieron, las risas que nunca se han apagado, los abrazos, el almuerzo familiar de los domingos, el caminar de los humildes y de los grandes, los que no dejaron huellas y los que dejaron una demasiado grande... Todos los relatos caben aquí. No importa si se habla de acontecimientos conocidos o desconocidos, si figuran en los libros de Historia con nombres ilustres o sólo es el recuerdo del dueño de la carnicería de tu barrio que te regalaba una galleta cuando, de niño, acompañabas a tu mamá a hacer las compras.

Ésa es, precisamente, la gran riqueza de este libro: poder presentar una multiplicidad de enfoques, perspectivas, especialidades y, sobre todo, reflexiones desde la propia experticia de los historiadores que escriben en las siguientes páginas.

Lo maravilloso viene junto con esto, pues cada uno de los ensayos que componen este texto tiene vocación de meditación y diálogo contigo, lector. No verás la rigurosidad histórica a la que parece hemos acostumbrado al público en general. Más bien, pretende ser una narración suavemente contada de historias compartidas entre amigos. Porque, de momento, preferimos bajarnos de esa atalaya en la que, a veces, debemos subirnos para mirar el entorno con menos interferencias. Hoy, el tema no es objetivo ni imparcial. Hoy, podemos decir lo que pensamos desde la Historia, pero también desde nuestro corazón, desde nuestra propia historia –la que tantas veces debemos suprimir en orden a respetar la objetividad e imparcialidad que la disciplina nos exige–.

Por otra parte, la publicación de este libro representa la oportunidad, para los historiadores, de hacer una especie de mea culpa en cuanto a las voluntarias omisiones, tergiversaciones y exageraciones en la que muchas veces se cayó para satisfacer ciertas necesidades de Estado o grupos de interés a lo largo de doscientos años. Por lo mismo, para escribir las siguientes páginas se invitó a todos los historiadores, sin importar su tendencia historiográfica, política, edad o currículum. Por el número y la diversidad de historiadores, atendiendo particularmente a su formación y tendencias, se pensó que la mejor forma para que fuesen incluidos estos nuevos trabajos era con la contribución de un ensayo sobre el tema, sin citas ni pie de página, desde la especialidad de cada uno de ellos, tomando como referencia sus últimas investigaciones o reflexiones. Las únicas restricciones que se hicieron, fue que sus escritos no cayeran desmedidamente en *essais d' ego-histoire*, ya que no era ésta la finalidad. Por lo dicho anteriormente, el lector no encontrará un trabajo unitario o una sistematización taxonómica de ideas, menos una férrea rigurosidad de investigación. Ahí, precisamente, pensamos que radica su riqueza; por cuanto el texto cuenta y presenta una multiplicidad de enfoques, perspectivas, especialidades y, sobre todo, reflexiones. Este libro tiene vocación de pensamiento y diálogo con los lectores y, finalmente con la sociedad.

En su aspecto novedoso, el libro es pionero en agrupar una gran cantidad de historiadores con la finalidad de poner en la palestra la cuestión de la independencia o, si se quiere, la celebración del transcurrir de un camino, aunque el trasfondo temporal es el mismo. Por ello, todo trabajo que signa de inicio, asume el riesgo de cometer errores en cuanto a enfoques y resultados. Pero como en todo acto iniciático, son riesgos que hay que asumir. De esta forma, cada uno, al compás de su interés y de su voluntad por pensar en Chile y por Chile, aceptó la convocatoria. La oferta fue abierta a todos, quien no quiso

tomarla, fue por decisión propia. Decisión que, por supuesto, respetamos desde estas páginas.

A veces, parece que no comprendiéramos, como país, que somos producto de lo que ya pasó. Y que lo que hoy está ocurriendo le da forma al futuro. En el presente relativo, en el cual vivimos, aparece este estudio, que es una invitación a pensar. No solamente para los historiadores sino, también, para la comunidad entera, mostrándonos como somos, con nuestros defectos y virtudes, con nuestras grandes victorias y nuestros pequeños fracasos, con los errores y los aciertos, con todo, como si nos enfrentáramos desnudos al ojo público. Por eso, este libro es, por sobre todas las cosas, un homenaje a Chile, a su pasado y a su porvenir.

Todavía más. Esta obra pretende ser un homenaje a los maestros, a los grandes historiadores que ya no están y a quienes les cupo la tarea de formar a los que hoy escriben en este texto. Por eso, forman parte del espíritu de estas páginas, como las de quienes ayudaron a formar nuestra identidad, la que constantemente –y a veces, pareciera, de forma caprichosa– se hace y rehace.

sí que, por recordar a quienes ya no están con nosotros, es pasado. Por sus autores, es presente. Y es futuro porque cada ensayo está escrito pensando también en el mañana, en dejar un documento que muestre a futuro la reflexión histórica de comienzos del siglo xxi. Por eso, se constituye en uno de esos raros puntos que concentran todos los tiempos en uno. Y por ello, quien desee transitar desde aquí en adelante hacia el porvenir que a cada uno nos toca, deberá pasar por estas páginas en orden a tener conciencia de la historia que carga sobre sus hombros. La

mirada que aquí se condensa, amplia, heterogénea y diversa, servirá de prisma para observar la realidad de las futuras generaciones. Para que de una vez por todas seamos capaces de cruzar el río y vernos a nosotros mismos desde la otra orilla.